



*Historias que nunca
se contaron*

Historias que nunca se contaron

Dra. Sandra A. Enríquez Seiders
Editora

Universidad de Puerto Rico en Utuado
abril de 2002

Revisado octubre 2008

**A la memoria que guarda
la intrahistoria puertorriqueña**

“A veces la historia se ha hecho tan selectivamente,
que sólo aquellas ideas del pasado
que nos simpatizan, o que consideramos precursoras
de las nuestras, son objeto de nuestra investigación.
Pero no entendemos el pasado si sólo le seguimos la pista
a lo que en fin de cuentas pareció prevalecer”.

Fernando Picó

Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar a las puertorriqueñas y puertorriqueños que contaron a mis estudiantes historias que nunca aparecieron en la historia oficial. Todos estos testimonios enriquecen y le dan vida a nuestra historia. Agradezco también a Jesús R. Martes y Abimael Ayala por el diseño de la portada. Finalmente a Marilyn Rodríguez, secretaria del Departamento de Lenguajes y Humanidades, muchas gracias por mecanografiar todos los trabajos y por su empeño para que este trabajo estuviera a tiempo.

Tabla de Contenido

Prólogo

<i>Pedro Matos Matos: Historiador y Nacionalista de Utuado</i>	1
<i>Por: Randy Rivera Santiago</i>	
<i>La Revolución Nacionalista del 30 de octubre de 1950</i>	7
<i>Por: Carlos J. Rivera Bernard</i>	
<i>Cuentos del Ayer</i>	11
<i>Por: Sihomara Montalvo</i>	
<i>Providencia Estremera Hernández: Su vida y su lucha</i>	18
<i>Por: Víctor A. Menéndez Bruno</i>	
<i>Cándido Salomé Yantín: Una historia de cambios económicos en la isla, contadas por un jíbaro que lo vivió</i>	22
<i>Por: Tania Morales Morales</i>	
<i>Josefina Pastoriza: Recuerdos del ayer</i>	25
<i>Por: Erie Joel González</i>	
<i>El Amor Verdadero</i>	28
<i>Por: Yarimar Rivera Ramos</i>	
<i>El Negrito Franco</i>	30
<i>Por: Lileska Aquino Ramos</i>	
<i>Doña Consuelo: Digno ejemplo de superación</i>	32
<i>Por: Lilliana Arce</i>	
<i>Isabel Rosario Pérez: El Tabaco</i>	36
<i>Por: Bethzaida Papua</i>	
<i>Don Nallo: Trabajador del Tabaco y el Café</i>	38
<i>Por: María Y. Pérez</i>	
<i>Luz N. Torres Andujar: Los recuerdos vivos de la hija del capataz</i>	41
<i>Por: Irma Rodríguez García</i>	

<i>La Caña</i>	44
<i>Por: Aymar Rosario Ortiz</i>	
<i>La Prohibición: 1917</i>	47
<i>Por: Orellys Rivera Rodríguez</i>	
<i>Bordados del Pasado</i>	50
<i>Por: Ingrid S. García</i>	
<i>Don Pepe: Incansable trabajador del café en Puerto Rico</i>	53
<i>Por: Abimael Ayala Martes</i>	

Prólogo

Llamamos historia oral a la narración de hechos históricos expresados en palabras habladas, en testimonios. A pesar de que hoy día se considera la historia oral fuente primaria para los investigadores, ha sido objeto de muchas discusiones. Algunos desconfían de la credibilidad y la veracidad de los testimonios, mientras que otros ven en la historia oral la manera de recuperar testimonios de personas que vivieron y hasta protagonizaron un hecho histórico. La historia oral puede transformar la historia y abrir nuevas áreas de investigación.

Los estudiantes del curso de Historia de Puerto Rico (Sección L-02), conscientes de la importancia de la historia oral, recogieron testimonios de obreros, campesinos, trabajadores de la caña, café y tabaco, despalladoras, comadronas, de mujeres que ayudaron al sustento de la familia en la industria de la aguja y nacionalistas, entre otros. A través de estos testimonios descubrieron la vida dura de sus abuelos, la verdadera historia de la mayoría del pueblo puertorriqueño en la primera mitad del siglo XX. Estos testimonios permitieron a los estudiantes analizar los cambios en la vida cotidiana, hacer genealogías, entender los cambios políticos y económicos de la época, el papel de la mujer en aquella sociedad y más aún, aprendieron a valorar su propia vida.

Todos los trabajos fueron incluidos en esta antología, porque todos ellos, unos más y otros tal vez menos, cumplieron el propósito de recuperar algo de la historia de nuestro país que no aparece en los textos. Con este trabajo los estudiantes se suman a los investigadores que ya comenzaron a hacer historia de los pobres, de los oprimidos, de grupos marginados, y entre ellos, de mujeres que quedaron fuera de la historia oficial.

Sandra A. Enríquez Seiders, Profesora
Historia de Puerto Rico, L-02

Historiador y Nacionalista de Utuado

Por: Randy Rivera Santiago

Pedro Matos Matos nació en el barrio Caonillas de Utuado el 2 de agosto de 1912. Se educó por sí mismo y siempre se preocupó por el estado de gobierno de su país. Es fiel seguidor del sentimiento nacionalista como también fue Presidente del Partido Independentista en Utuado y Miembro de la Junta de Directores del Partido Independentista de Puerto Rico. Según Don Pedro, Puerto Rico siempre fue una nación desde antes de ser colonizada, pues esta tenía un sistema de gobierno por los indígenas cuando los españoles llegaron, quienes desde ahí empezaron a imponerles leyes. Pero no fue hasta 16 años después que pudieron colonizarla, porque esta isla siempre fue organizada por sus indígenas y se les hizo más fácil colonizar las demás Antillas antes que a nosotros. Luego los Estados Unidos continuaron colonizándonos con el mismo sistema de España, quien nos impuso el monocultivo, nos quiso cambiar el idioma. Hoy día, según Don Pedro, nosotros nos educamos para ellos y los mantenemos sin darnos cuenta, pues nos compran con dinero, sabiendo que desde que ellos llegaron a Puerto Rico esta ya era una nación, porque no dependía de nadie. Don Pedro nos dice, “que un buen puertorriqueño tiene que olvidarse de la supuesta bondad del americano”. Él tiene un refrán que dice: “que él no da algo por nada y cuando dan algo es por que vale más que lo que tienen”. Nacionalismo no es pertenecer a ningún partido, es un sentimiento de patria. El que llega del ejército de Estados Unidos y dice que defiende su nación “embuste” es un mercenario, dice don Pedro “porque vende el servicio de su país a otro; si no les pagan no van”. “La patria que uno quiere uno la defiende al precio de su vida y no le tienen que pagar, eso es nacionalismo”. Aunque otras personas lo relacionan con terrorismo y crimen.

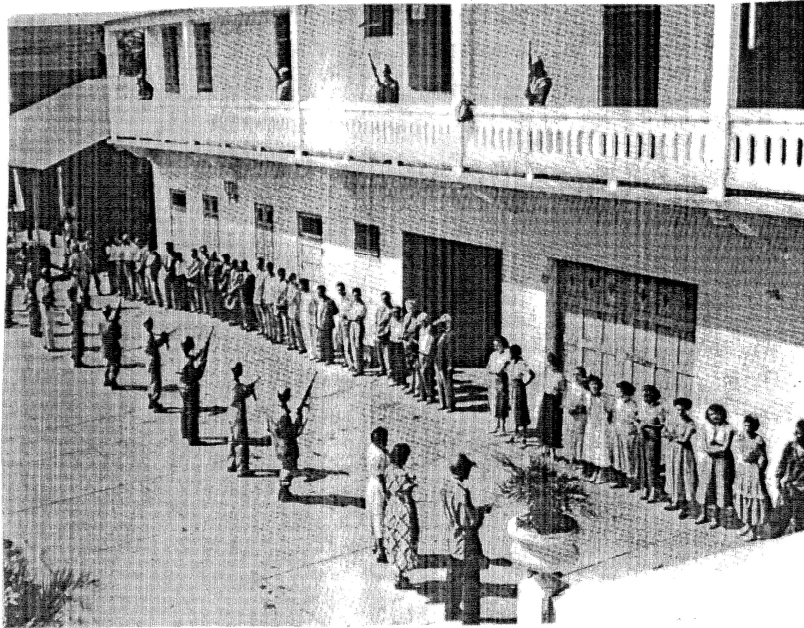
Según don Pedro, Puerto Rico nunca hizo revoluciones; la única fue en Lares y nunca pudo darse porque fue detectada en Camuy y estaba organizada para el año 1867 durante la cosecha del café sin días específicos. Durante ese año ocurrieron una serie de huracanes y terremotos en Puerto Rico que dura casi hasta el verano de 1868 y el país empezó a ser devastado y la suspendieron. Unos campesinos hablando hasta por los codos de la revolución que se planeaba, no se percataron que había oídos escuchando su conversación; era un soldado que para hacer una necesidad física saltó la verja y se metió entre los arbustos. Este fue al cuartel en Arecibo y dijo todo lo que escuchó y averiguó de la “Junta Revolucionaria Lanzador del Norte” de Camuy. Entonces parece que mencionaron a Lares y Aguadilla, las juntas más cercanas; y con la investigación del comandante de Arecibo lograron descubrir y encontrar, “la Junta del Porvenir” en San Sebastián, “la Junta Centro Bravo” en Lares, “la Junta Capá Prieto” en Mayagüez que estaba en el barrio Las Marías, hoy pueblo. Esto fue un entrampamiento, con esa información metieron mano los militares y llegaron a las juntas, donde tuvieron que meter mano los nacionalistas sin armas, pues no sabían de la emboscada. Por la poca comunicación que tenían por los huracanes fueron vencidos en dos días y atraparon sus líderes en Lares: a Parrilla, Roja, Ramírez “presidente”, y Brugman. Esta información la obtuvo de una obra publicada más tarde en Puerto Rico en el 1872, por José M. Pérez Moris, autor español, enemigo de la independencia y se llama “Historia de la Insurrección de Lares 1886”. “Fíjense” dice don Pedro, “que es insurrección y no revolución, fue un entrampamiento”. “Pérez Moris nos dice, que si no hubiera ocurrido esa suspensión forzosa e indefinida, España no hubiera tenido forma de vencernos porque existía una junta revolucionaria

en cada uno de los municipios en Puerto Rico y estaban bien sincronizados y dirigidos por la “masonería” que era clandestina. En Utuado no se supo del Grito de Lares hasta que se celebraron los juicios en los tribunales y lo divulgaron.

En 1950 pasó lo mismo en Jayuya pero no fue que se suspendió, fue un entrampamiento para derrotar el PIP y sus seguidores, pues en ese tiempo ganó la independencia. A Estados Unidos no le convenía y buscó derrotar este partido, pues son gente inteligente y tranquila que sabe lo que hacen, pero se les dio fama de revolucionarios y criminales. Les enviaron la Guardia Nacional y arrestaron a todos sus seguidores y personas que ellos quisieron meter preso. Don Pedro era el Presidente del Partido Independentista y fue choteado, pero como siempre tenía su gente donde quiera que se reuniera, se enteró que lo iban a arrestar y se preparó de la mejor manera posible. Se vistió de blanco y cuando vinieron a arrestarlo no le tocaron ni un pelito porque estaba preparado, pero a los demás se los llevaron como estaban. Lo arrestaron y lo metieron en la alcaldía y después vino una guagua de la Autoridad de Transporte de San Juan para llevárselo de ahí. Lo llevaron a una cárcel militar y lo encerraron en una sala grande como con 200 personas y asumió rango entre ellos, pues era el presidente del Comité en Utuado y miembro de la Junta de Directores del Partido Independentista de Puerto Rico. Pero como él se preparó y buscó recursos para salir antes de estar preso, esa jugada que tenía en mente le salió y estuvo de viernes a domingo y después ya afuera, se dedicó a sacar a los demás. Después no lo acusaron nunca más porque él siempre ha creído “que exponerse a la defensiva es perder la pelea, como le pasó a Trinidad”. De todos los miembros de la junta, él fue el único que arrestaron ya que los demás tenían posición social como

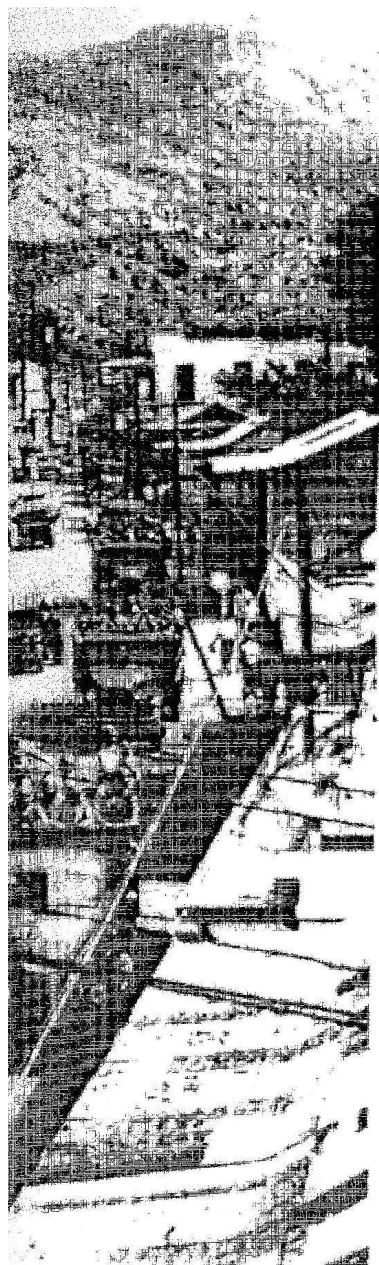
abogados, doctores, gente ilustre y él era el único del pueblo, “un peón”, pues al entender, él era el único que podía tener el valor de levantar todo ese pueblo inferior y maltratado por el gobierno. Siguió con sus luchas pero los nacionalistas insisten que fue revolución. Aunque dicen que no, pero que ellos lo saben “que fue un crimen político”, además de que fueron culpables de la muerte de don Albizu Campos, el auténtico líder del nacionalismo puertorriqueño. Albizu fue traicionado por su amigo Don Luis Muñoz Marín que fue el gobernador de esa época, que de independentista de la noche a la mañana, cambió de partido. Don Pedro dice, que para él, “Luis Muñoz Marín no es un gran prócer como lo tiene este país, sino un canalla que fue un instrumento, un chota; que fue cultivado por los Estados Unidos para su provecho”.

Según Don Pedro, “la historia la escriben los vencedores, los vencidos no tienen oportunidad de escribir su historia. Puerto Rico la nación latinoamericana más vieja de América nunca ha podido escribir su propia historia porque nunca ha vencido. La historia que se nos enseña como historia de Puerto Rico es la historia de España en Puerto Rico y la historia de Estados Unidos en Puerto Rico. La historia de Puerto Rico está por escribirse. Tenemos que primero rescatar nuestra soberanía nacional puertorriqueña y entonces podemos escribir nuestra auténtica y legítima historia de Puerto Rico”.

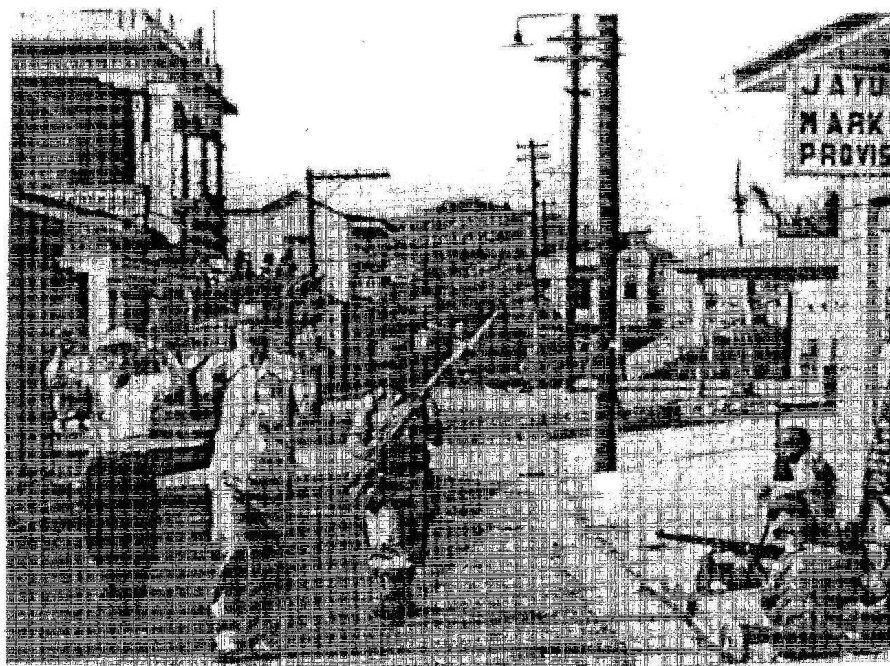


A punta de rifle, hombres y mujeres son obligados a hacer fila en espera de interrogatorios, al amparo de la Ley 53 de 10 de junio de 1948, conocida por "Ley de la Mordaza".





Los militares llegan a Jayuya



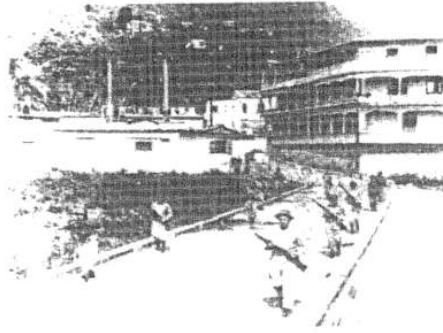
Dos nacionalistas son capturados



Ponen a salvo a un hombre que fue alcanzado por una bala durante la revuelta

La Revolución Nacionalista del 30 de Octubre de 1950

Por: Carlos J. Rivera Bernard



Visitando el pueblo de Jayuya, conocí al Sr. Carmelo Hernández, residente del barrio Coabey de Jayuya. Establecimos una conversación en donde comenzó a relatar su experiencia y la de sus compueblanos en la Revolución Nacionalista del 30 de octubre de 1950.

Según el señor Carmelo en la mañana del 30 de octubre de 1950, “fuimos sorprendidos por las primeras noticias a través de la radio y luego a través de la prensa, sobre un levantamiento de nacionalistas en Jayuya y en otras zonas de la Isla”. Estas otras zonas lo fueron los pueblos de Peñuelas, Arecibo, Naranjito, Ponce, Utuado y Mayagüez.

Por varias razones fue únicamente en Jayuya, donde por más de un día los combatientes nacionalistas tuvieron control del pueblo, proclamando en sus calles la República de Puerto Rico. Los principales edificios del pueblo, tales como el Cuartel de la Policía (donde muere el policía estatal Virgilio Camacho), el Correo, la Alcaldía, las Oficinas de Servicio Selectivo, el Teatro, el Teléfono y Telégrafo, establecimientos comerciales y algunas residencias fueron quemadas. La Iglesia Católica fue utilizada como fuerte por los nacionalistas, quedando todo en su sitio, tal y como estaba. El

propósito era derrocar el gobierno constituido en Puerto Rico y proclamar la República.

El movimiento de los nacionalistas ha sido descrito en distintas formas, todo ello de acuerdo con el punto de vista del informante. Se le consideró simplemente una alteración de la paz, un motín, un desorden. También se le describió como una insurrección, revuelta y levantamiento armado. Los nacionalistas arrestados fueron luego también catalogados como presos comunes, criminales, terroristas y también como revolucionarios y presos políticos.

Aunque debemos observar que las primeras noticias originadas en Jayuya fueron sorprendentemente exageradas. Recordamos, por ejemplo, que en un noticiero de la radio se dijo que “Jayuya estaba totalmente destruida y que sólo quedaba en pie la Iglesia Católica”. Recordamos asimismo que “una fuerza de 600 nacionalistas organizada a última hora en Coabey, marchaba sobre Jayuya, luego de haber sido ocupada por la Guardia Nacional”. Y luego aquella noticia sobre “varios escuadrones de aviones bombardeando a Jayuya”.

“Tales noticias exageradas llenaron de angustia a todos los jayuyanos residentes en San Juan y otras partes de la Isla. Temíamos por nuestros familiares y amigos. Y allí fuimos en grandes caravanas, desafiando grandes peligros debido a la tensión del momento. En más de una ocasión y ya acercándonos a Utuado y Jayuya fuimos detenidos en medio de las carreteras por destacamentos de la Guardia Nacional, con sus ametralladoras apuntándonos. No eran gestos amistosos..., pero eran perfectamente comprensibles y positivamente necesarios debido a la hora en que vivíamos”, según el Sr. Carmelo Hernández.

En Jayuya, los nacionalistas salieron desde la casa de doña Blanca Canales (hermana del entonces Representante a la Cámara, Mario Canales) en el barrio Coabey. Estaban dirigidos por el Comandante Carlos Irizarry, quien fue herido durante el combate y murió en el hospital de Utuado. Fueron doña Blanca Canales y Heriberto Marín, quienes ondeando la bandera de Puerto Rico, proclamaron la República de Puerto Rico desde el balcón del entonces Hotel River Palace de Jayuya (altos antigua Farmacia Hernández). El día 2 de noviembre en Coabey, fueron arrestados y encarcelados la mayoría de los involucrados, pasando a ser presos políticos.

Muchos jayuyanos fueron encarcelados por alrededor de diez días y liberados al no encontrarle conexión con lo ocurrido en la población. Otros son encontrados culpables y van a la cárcel por esta razón. Entre ellos están: Fidel y Ovidio Irizarry, hermanos de Carlos; Mario Irizarry, primo de los anteriores; Edmidio Marín, 16 años de edad; Elio Torresola, hermano de Griselio; Carmelo Maldonado, chofer de don Pedro; Miguel y Fernando Rivera Santiago; Luis, Juan y Reinaldo Morales; Ramón y Carlos Sánchez; Juan y Miguel A. Román; Antonio Rivera (farmacéutico, sería el alcalde al resultar el golpe); Jaime Crespo (corozaleño que trabajaba en construcción de la carretera de Saliente) y don Toñito Cruz Colón.

El alzamiento del 30 de octubre de 1950, es considerado como el segundo de los grandes actos revolucionarios por la Independencia de Puerto Rico. Sólo después del Grito de Lares, organizado por el Padre de la Patria, Dr. Ramón Emeterio Betances, que estalló contra la dominación española en 1868. Ahora, don Pedro Albizu Campos - el Gran Maestro y director del Movimiento Libertador - que había

hecho proclamar en Jayuya, por segunda vez, la República de Puerto Rico, pero en esta ocasión, contra el imperio norteamericano.

Cuentos del Ayer
Por: Sihomara Montalvo

Don Félix es natural de Utuado. Es una persona servicial y un gran vecino de la Urbanización Jesús María Lago. Él es un gran ejemplo para todos. Creció siendo un joven educado y muy trabajador. Es una persona saludable a pesar de su edad. No puedo decir su edad exacta. Por el tiempo que llevo conociéndolo, este señor se aproxima a sus ochenta años de edad. Cuando le pregunté su edad, me contestó con gran fuerza, “¡mira señorita! he estado tan ocupado viviendo mi vida que no he tenido tiempo para contar mi edad”. Lo entendí muy bien. Él fue padre de cuatro hijos y su esposa fue Doña Ana. A ella le fascina organizar juegos de Bingo. Sus hijos son Héctor, Samuel, Junior y Rosa. Me dejó saber que Samuel y Junior residen en Estados Unidos. Uno de ellos le sirvió por muchos años al Navy de Estados Unidos. Héctor y Rosa son maestros y residen en Utuado. Héctor es maestro en el barrio Caguana y Rosa es maestra de tercer grado en la Escuela Félix Seijo ubicada en el pueblo de Utuado.

Don Félix cursaba el quinto grado con un uniforme color crema con una chalina negra. Me contó que un día, en su escuela, observaba a una muchacha muy linda. Él expresó su sentimiento con una canción y para llamarle la atención, de pronto le cantó:

“Me enamoré de una negra fea
y ella me pegó con una correa”

Nos reímos al terminar la canción porque se escuchó graciosa. En el comedor de su escuela, siempre le daban sopas o arroz y habichuelas con pan. La comida era

buena, pero yo prefería ir a casa para almorzar viandas y otras cosas. Eran más ricas y sabrosas. Siempre daban lo mismo. Ahora las cosas no son iguales porque hay más variedad. Después de la escuela, me gustaba ir al bosque con mis amistades para recoger y comer chinás. Nos poníamos a charlar”.

“¿Don Félix, usted asistía a la iglesia cuando niño?”, le pregunté. Él me contestó: “yo iba a la iglesia porque me pagaban por ir. Me daban diez chavitos. Mi abuela me daba cinco chavitos y mi madrina me daba cinco más. Me recuerdo que la iglesia estaba hecha de madera y el piso era de piedras. Las piedras se me pegaban de las rodillas cuando me arrodillaba para dar mi oración. Después, las Hermanitas de la Caridad, me llevaban al colegio. Allá yo comía chocolates y galletas. Yo comía un bizcochito que se llamaba “mayorca” y su costo era de cinco chavitos. Pero eran bien grandes. Me gustaban las piraguas, estas eran a tres chavitos”.

En la panadería “Los Cidrines”, ahora es conocida como la panadería “La Utuadeña”, el costo de la media libra de pan con mantequilla era de uno o dos centavos. “Antes uno pasaba por las panaderías y salían unos olores ricos. Por las mañanas, pasa un señor de edad vendiendo pan en su carrito. El pan de antes era buenísimo, pero el de ahora no se compara”, me dijo. Su madre lo llevaba a un restaurante llamado “Las Fondas”. “Antes no se pagaba mucho por un plato de comida. Un plato de arroz y habichuelas y carne era de tres a cinco chavitos el plato. Ahora esto tiene el costo de cuatro o cinco dólares”. Yo dije “¡WOW!” porque me había sorprendido escucharlo.

Me contó que su hermana mayor era muy traviesa y un día le dijo: “ponme tu dedito sobre la mesa”. Félix lo hizo sin tener malicia alguna. “¡Fuuuuaquetii!; ella me

metió con una maseta sobre mi dedo y me lo partió”. Me mostró su dedo y me dijo que nunca olvida lo que ella le había hecho. Él la quiere mucho. “Cuando yo tenía trece a catorce añitos existía el “Alambique”. Yo nunca tuve que ir a un hospital o tomar pastillas. Yo siempre fui y me siento fuerte y saludable”, me dijo. Así mismo este señor, teniendo su edad no toma ningún tipo de medicamento. Es increíble pero cierto.

“Yo trabajé en una carnicería casi toda mi vida”, me dijo. “Se llamaba Lucky 7. Yo llegué a tener mi propia carnicería en el año 1949, “La Montaña”. Hice una exhibición de un bistec más grande de dos libras y media. Había sido el más grande de todos. Un día yo estaba picando carne y una señora buscaba al bistec más grande de todos. Ella quería que le picaran un bistec bien grande para un concurso. Esta señora se llamaba Virginia, era esposa de Don Toto Cabrera. Nadie en la carnicería se atrevía a picar un bistec tan grande como ella quería. Yo me atreví. Lo hice del sobre lomo de la vaca, ubicado en la espalda cerca de la espina dorsal. Ella ganó su concurso y me pagó dos dólares y pico, que fue el costo por el tamaño del bistec, que yo había picado. La carne de sobre lomo y el filete eran las más costosas porque eran las carnes más blanditas”.

“En el 1948, yo trabajé en el Lago Caonillas. Me gustaba ir a pescar allí. Yo trabajé construyendo una muralla. Tenía diferentes divisiones. La muralla estaba compuesta de la piedra cinco, la piedra dos, gravilla, arena, cemento. Todo esto era pesado. Unos guínches, eran unos troces que llevaban los materiales de un lado a otro rodando. Llegaban rodando encima de la muralla. En el medio de esta muralla hay un túnel que sale de un lado a otro”, dijo don Félix.

Para aquel tiempo se cosechaba el maíz, frijoles, plátanos, chinas, yuca, ñame, guineo, etc. El padre de don Félix era dueño de 34 cuerdas de terreno. “Esta siembre no tenía mucho valor y hasta lo regalamos. Lo que tenía valor en aquel tiempo era el tabaco, el café, y el ron caña. Las personas sembraban por cuerdas, todo dependía del terreno de la persona. Mi padre sembró café en seis cuerdas. Cuando era joven, me levantaba a las 3:00 de la mañana para ir a coger café con mi padre. Siempre teníamos suerte, porque había personas que vivían muy lejos y no llegaban a tiempo para recoger café. Los que vivían cerca eran los que disfrutaban del manatiáo. El manatiáo era el mejor café. A estas personas les quedaba por recoger el raspe, que era el café verde”.

Esto lo hacían de la siguiente manera:

- Utilizaban piletas o casetas grandes con agua.
- Tiraban el café en una máquina hasta que el café bajara y cayera dentro de las piletas o casetas.
- El café bajaba a las casetas por unos moldes y ahí era donde se lavaba el café.
- Luego lo llevaban a unos glaces a secar bajo el sol. Los glaces eran unos pedazos de cemento gigantes.
- Después de seco, los llevaban a los juascos o compradores de café.
- El café piláo se vendía por \$80.00 el quintal. Todo dependía de la calidad del café.
- Ellos recibían \$8.00 por cada almude.

Don Félix también hacía ron caña. Antes había miel de repulga. Este se vendía por drones. “Un día yo cargaba dos drones de ron caña montado en mi caballo. De momento me volqué y quedé sembrao en la calle. No se perdió ni una gotita de ron

caña porque tenía los drones bien sellados”. Cuando llegó a su casa, se bebió un poquito de ron caña caliente en una hojita de malanga.

Él se entretuvo cantando una canción que escuchó por la emisora. El emisor lo era Juanquerito Cortés Portalatín. La canción se llamaba “Por un viejo amor”.

Por unos ojazos negros
igual que pena de amores
hace tiempo tuve anhelos
alegrías y sin sabores...

El ron caña se hacía de la siguiente manera:

- Miel de repulga se mezclaba con agua y azúcar que bajaba por una pipa.
- Se deja en un dron por ocho días hasta que fermente o que baja a cierto nivel.
- Después de muerta o que la batición se hecha dentro de un dron grande o un balde con serpentina. La serpentina es un pedazo de cobre que da vueltas dentro del dron, el cual tiene la pipa con agua.
- Por un tubo llega la serpentina.
- Luego se lleva a un fuego graduado porque cuando empiece a fermentar se le debe bajar el fuego.
- Se dejan llevar por la perla, que es lo que va dando vuelta encima de la mezcla. Es como una espumita.
- Cuando consideren que la perla está preparada, se divide en varios galones.
- Los primeros tres galones que sacaban estaban bien espesos y eran los mejores. El resto de la mezcla era muy liviana.
- Lo que hacen es que mezclan la más espesa con la más liviana y mantienen la igualdad en calidad de ron caña.

La siembra del tabaco empieza y el semillero comienza en agosto. El semillero se cubría con un toldo grande en tiempos de lluvia. También se cubría con pajas secas. Esto se hacía para evitar que el agua los arrastrara. Ya en septiembre o en octubre estaba listo para la cogida. A la primera cogida le decían “el pie”. El pie era la hoja amarilla que queda en la parte de abajo de la mata. Esta hoja amarilla era el boliche o la hoja mala y se utilizaba para picadura. La hoja del medio era la tripa y se utilizaba para la capa del tabaco. La hoja de arriba era el manajo y la mejor. Se llevaban la tripa a las mujeres en el rancho para que lo cosieran a mano. Cortaban la mata y la guindaban por un cordón y una barra. Se utilizaban seis hojas para coser con unas agujas que tenían seis pulgadas o más de largo, con hilo grueso que usaban para amarrar pasteles. Dentro del rancho podías observar que desde un lado del rancho al otro había líneas compuestas por diez hasta veinte barras con tabaco cosido. Los ranchos tenían que estar bien sellados porque si el tabaco se mojaba, se ensanchoaba y se dañaban las hojas. Había tabacos cortos, largos y de todas clases. Los revisadores los seleccionaban. Despillaban el tallo a mano. Luego, los colocan en las barras y por último lo llevaban a curar. Llevaban el tabaco a los juancos o a los compradores y lo vendían por quintales. Cada tabaco cosido en barra se vendía por veinticinco centavos cada uno. Félix sembraba 400 quintales. Mientras sembraba cantaba canciones. “Me gustaba mucho cantar canciones mejicanas”, me dijo. Él cantó una canción que le gustaba cuando vivía en el Rancho Grande.

Allá en el Rancho Grande

allá donde vivía

había una rancherita

y alegre me decía,
me voy hacer unos calzones
de los que usa el rancho
que los empieza de lana
y los termina de cuero.

Me contó que una señora, Doña Carmencito, tenía noventa años de edad. Su marido había muerto. Un “truck” le pasó por encima. Ella tuvo que trabajar en una fábrica. Para sostenerse comía lo que otra gente echaba al desperdicio.

Ahora, don Félix cría conejos y siembra plátanos, yuca, ñame, guineos, tomates, en el patio de su casa. Este señor hace un fricasé de conejo riquísimo. “Y los vendo también”, dice don Félix.



“Para que anden rectos, piensen y hagan las cosas bien”.
Don Félix

Providencia Estremera Hernández

Su vida y su lucha

Por: Víctor A. Menéndez Bruno

Providencia Estremera Hernández, nació en el pueblo de Quebradillas el 4 de agosto de 1907. Mujer de tez trigueña, de raza negra, ojos color negro y mediana estatura. Esta sabía leer y escribir. Su esposo, José del Carmen Rivera Ruiz, mejor conocido como Carmelo, trabajador de la central de la caña en Barcelonesa, trabajaba alimentando las calderas. Ambos formaron una familia de 11 hijos; cuatro mujeres y siete varones. Esta familia vivía en el pueblo de Barcelonesa, en el sector Alcón, cerca del río y frente a la iglesia católica de dicho pueblo. Doña Providencia Rivera se destacó durante su vida como comadrona, también santiguaba personas, creía fervientemente en el espiritismo, todo lo componía de plantas y agua. Semanalmente solía visitar las parturientas. Salía vestida de blanco a atender sus pacientes y con un maletín al lado que contenía jeringuillas, guantes, toalla, tijera, alcohol, algodón y un hilo para amarrar el hilo umbilical. Ella, contaba los meses por las lunas que pasaban, pero también tenía una lista de los pacientes que debía atender. Todos los días llegaban personas a su casa para que los sobara de empachos, lesiones, etc.

Su hija, Providencia Rivera Estremera, recuerda, que solía ver a su madre cruzar el río de Barcelonesa en un bote y que la llevaba hasta La Esperanza en Manatí, donde la llevaba un hombre en un caballo para llevarla al lugar que fuera a atender el parto. Ella relata que su madre no cobraba por los servicios que prestaba para atender el parto, pero recuerda haber visto a su madre llegar con comida como

recompensa por haber atendido un parto. Inclusive, una de las experiencias que la hija dice que no podrá olvidar es haber visto su madre llegar con dos gallinas como recompensa de la parturienta. Su madre acostumbraba dejar a sus hijos con una vecina cuando ella tenía que salir a atender a alguna mujer, y de lo que le regalaban como recompensa, lo dividía con la señora que le cuidaba los hijos.

Llega un tiempo en que cinco de sus hijos varones mueren, por una peste extraña que rondaba ese lugar donde vivía en Barcelonesa. La hija de Providencia relata que recuerda las matas de plátanos y toda la vegetación estaban amarillentas por causa de esa extraña enfermedad. Don Carmelo y Doña Providencia se separan y esta decide mudarse para la Parada 24 en San Juan, en busca de una mejor vida. Este lugar también se le conocía como El Fanguito. Era un lugar de desperdicios de aguas negras y la peste que tenía este lugar era infrahumana. Ahí, se juntaba el Caño Martín Peña y la playa. El problema era cuando la marea subía porque el agua llegaba hasta tocar el piso. Estas casas estaban sostenidas por unos socos de unos cinco a seis pies. Providencia compró una casa con dos pequeñas al lado por solo \$600.00 dólares. Estas casas no tenían un baño como tal, sino que tenían una cortina y un roto en el piso para que así los desperdicios humanos cayeran juntos con los demás, debajo de la casa. Para poder llegar a estas casas tenía que pasar por un muro grande y ancho que los residentes del Fanguito le llamaban La Colectora. Luego de establecerse en su nueva vivienda, doña Providencia comenzó a buscar trabajo y encontró uno que le permitió continuar trabajando como comadrona en el “Hospital Medicina Tropical”. Ella salía a oscuras horas a trabajar, pero era puntual en llegar a la casa de 3:00 a 3:30 pm. Su hija relata que siempre que veía a su madre salía corriendo por La

Colectora para alcanzarla. Inclusive, su hija tiene en su pierna una cicatriz de un clavo de la misma Colectora, que se enterró cuando corría hacia su madre.

Cuatro a cinco meses después, ella recuerda que El Fanguito lo comenzaron a rellenar con tosca. Fue entonces, cuando Providencia Estremera conoció a Pepe, el que estaba encargado del proyecto de rellenar El Fanguito. Pepe vivía por la “24” también, y comenzó a preocuparse por la familia y los ayudaba económicamente.

Providencia Estremera fletaba un auto para que su hija saliera de San Juan a Barcelonesa para visitar a su papá. El uso del auto era si había una emergencia, ya que el viaje en auto era de 3 a 4 horas. Pero, casi siempre, utilizaba el tren que tenía un costo de 15 centavos de Santurce a Manatí y llegaba en dos horas, contando todas las paradas que este tenía que hacer.

Una vez, José del Carmen Rivera Ruiz, salió en busca de su ex - esposa a San Juan. Él tenía conocimiento de donde ella trabajaba por lo que le contaba su hija. Providencia al verlo llegar a su trabajo, salió huyendo por una de las ventanas del dispensario, cae al suelo y se da fuertemente en el corazón, causándole la muerte al instante. Doña Providencia muere joven, a los 32 años de edad. Sus cinco hijos, muy tristes vuelven a Barceloneta con su padre. Los dos hijos varones al cumplir los 18 años lograron ingresar a las Fuerzas Armadas. Uno de ellos muere en Alemania y el otro está retirado actualmente. Providencia hija, no continuó sus estudios, sino que a sus 14 años comenzó a trabajar en la casa tejiendo unos guantes, que le pagaban por ellos \$3.00 la docena. Ella relata que las puntillas de estos guantes debían ser específicas porque si así no era, tenía que descoserlos otra vez y hacerlos nuevamente, sino se le descontaba de su sueldo. Ella se vio obligada a hacer esto, ya

que no había mucha entrada de dinero a la casa. Sus otras dos hermanas se casan y se marchan de la casa y la responsabilidad de cuidar a su padre cae sobre Providencia hija. Esta cuidó de su padre hasta que falleció de muerte natural a los 106 años. Providencia heredó de su madre el don de santiguar a las personas.

Cándido Salomé Yantín
Una historia de cambios económicos en la isla,
contadas por un jíbaro que lo vivió
Por: Tania Morales Morales

Esta es una entrevista realizada al Sr. Cándido Salomé Yantín. Esta trata sobre las ayudas que llegaron a Puerto Rico después del año 1933, cuando el Presidente Franklin D. Roosevelt lanza una enérgica campaña en contra de la depresión. Él creó El Nuevo Trato que sería sinónimo de reformas auspiciadas por el Presidente.

En Puerto Rico, los líderes del Nuevo Trato optaron por realizar programas especiales, de esto resultó la creación de dos programas federales: la “Puerto Rico Emergency Relieve Administration”, mejor conocido como la “PRERA” y la “Puerto Rico Reconstruction Administration”, mejor conocido como la “PRRA”. La primera fue fundada en el 1933, para el sustento de alimentos y ropa; la segunda en el 1935, para la repartición de tierras y otras obras de infraestructura.

La PRRA tuvo un impacto económico, social y político permanente. Los millones de dólares gastados por la agencia, estimularon la economía y ayudaron a reducir un poco el desempleo. Estas reformas se cumplen en leyes más amplias y programas de mayor alcance en la década de 1940 - 1950. La agencia realzó la influencia política de líderes jóvenes del Partido Liberal, especialmente de Luis Muñoz Marín.

Toda esta obra y estos acontecimientos importantes en nuestra historia fueron vividos por Don Cándido y ahora podrán leer muchas de sus anécdotas, algunas cómicas y otras tristes.

Entrevista: 15 de marzo de 2002 (5:00 pm)

“Mi nombres es Cándido Salomé Yantín. Nací el 10 de octubre de 1927 en el pueblo de Villalba. Yo era de una familia muy pobre. Nosotros no usábamos zapatos y muchas veces ni ropa interior. Había muchas enfermedades como nigua (parásito en los pies), pulgas, carangana (un piojo que le daba a los cerdos y se les pegaba a ellos), chincha, gonorrea, flor blanca, chancro, tifo negro, y tuberculosis a millón. Cuando moría alguien que era casi siempre por tifo negro, lo enterraban en un cementerio pequeño en la hacienda grande.

Lo que había para las necesidades eran letrinas y cuando no podían sembraban un árbol de majagua para hacer las necesidades. Por eso era que había tantas enfermedades. Había veces que salíamos los muchachos corriendo de juego y nos ensuciábamos los pies (ya saben con qué).

La escuelita era de madera, recuerdo que siempre teníamos que saludar la bandera de Estados Unidos primero y después la de Puerto Rico, en inglés. Había un comedor escolar que había que pagar un centavo, pero yo no comía ahí porque había un maestro que comía en Doña Juana; yo le buscaba el almuerzo y él me dejaba la mitad. Salí de la escuela a los nueve años para trabajar, me pagaban 50 centavos por ocho horas.

En el 1936, recuerdo como ahora, llegó a mi casa Luis Muñoz Marín. Fue a ofrecerle a mi papá trabajo en Doña Juana y a pedirle que se dejara pasar una carretera por donde estaba mi casa que era El Bolo entre Villalba y Orocovis.

Como para el '39 o '40, llegó la PRERA; a mi casa le daban: arroz, habichuelas, queso, leche, carne vieja, galletas de agua, manteca, tocineta, y muchas cosas más

de comer, ¡ahh! también daban ropa. Los pantalones que daban no tenían bolsillo atrás, ni relojera, y, nosotros teníamos una canción que era:

Hay que bonito te quedan
los pantalones que da la PRERA
no tienen bolsillo atrás
ni tampoco relojera.

Luego se nos dio una ayuda y nos regalaron una parcela en al 109 de Villalba. Eran siete cuerdas y nueve centésimas y nos hicieron una casita de tabonuco y zinc; esto era la PRRA. Cuando vivíamos en esa casa vino nuevamente Luis Muñoz Marín y nos dijo exactamente: <<Esto es hogar seguro, pero sepan que con el tiempo esto volverá a ser de los ricos>>. Esas palabras que nos dijo Don Luis, es exactamente lo que vemos. De ese día tengo una anécdota, mi mamá le ofreció café y Don Luis Muñoz Marín aceptó. Cuando mi mamá le dio café, estaba puya y papá le dijo que había mucha azúcar y no dinero para comprarla. Él empezó a reír.

Cuando llegué a Jayuya en el 1964, yo trabajaba para un señor malo, malo, malo. Una vez nos mandó a buscar a la finca porque nos tenía un almuerzo. Cuando nosotros fuimos con un ¡hambre!, lo que nos tenía era escreta de burro en los platos y se empezó a reír. Ese día me sentí tan mal de que se burlaran de nuestras miserias, que le robé un racimo de guineos, porque tampoco los regalaba a los empleados. Fueron tiempos muy difíciles, pero felices”.

Josefina Pastoriza
Recuerdos del ayer
Por: Erie Joel González

Nació en 1914. Sus padres se llamaban Encarnación Pastoriza y Fabiana Maldonado. Josefina (Chepa) Pastoriza, nació en Arecibo en el Barrio Islote y luego vivió en San Juan con su familia y estudió en Escuela Jefferson de Arecibo y en San Juan. Estudió hasta el noveno grado. Su padre trabajó en la caña de azúcar en la Central Cambalache. Se levantaba muy temprano, a las 6:00 de la mañana todos los días, para poder llegar a su trabajo. Su padre era el que cargaba las carretas de caña para ser llevadas a la central. Le pagaban una peseta; una miseria. Durante el tiempo muerto no ganaba dinero y durante el tiempo de la zafra era cunado había trabajo. Para el tiempo muerto, mucha gente iba a las tiendas y compraba fiao' hasta que llegaba la zafra.

Su primer trabajo fue como despalilladora. Trabajaba en la Fábrica Marqués Company de Arecibo. Cuando comenzó a trabajar lo hizo a escondidas, porque no tenía edad y porque era peligroso; pero luego tuvo que decírselo a su papá. Pero en realidad, el que no sabía nada, era el jefe y cada vez que venía el jefe, tenía que salir y esconderse.

Muchas mujeres trabajaron en el tabaco, muchas viven cerca de ella. El tabaco había que secarlo, luego clasificarlo. Josefina era la que pesaba el tabaco en una romana. Ella apuntaba lo que pesaba y también le tocaba pagar los sábados. Además de listera, era pagadora.

Una de sus malas experiencias, algo que no le gustó, fue que había una muchacha enamorada del jefe, y el jefe era casado. Tuvo buenas amistades, aunque siempre tuvo sus disgustos. Trabajó como cinco años o más.

Luego se enamoró y dejó de trabajar porque su esposo no quería que trabajara porque decía que eso hacía daño. Él trabajaba como chofero de los camiones de cargar caña y otros servicios.

De los tabacos se hacían cigarros, habían mujeres que los echaban en las cajas. Josefina se acuerda que hubo una huelga e iban por todo el pueblo cantando así:

Somos hijos del trabajo, de la industria del tabaco,
a toda persona culta, nos ayuda en protección,
somos hijos del trabajo con hermoso corazón
saludamos al alcalde y esta culta población.

Esta huelga fue porque la paga era poca. El tabaco se vendía en toda la Isla y a los Estados Unidos. En esa época, todo el mundo vivía mal.

Su padre, para mantener la familia trabajaba en la Central Cambalache de Arecibo. Ella se acordó de cómo era el procedimiento. Se preparaba el terreno y se sembraba la caña. Mientras crecían, los hombres le echaban abono para que se alimentaran y crecieran saludables. Cuando ya estaban crecidas, se cortaba la caña. En una carreta la llevaba a la central. De ahí, pasaba un proceso, la cual salía para la venta. “Ay que bonito, parece como si estuviera viviendo ese momento”, me dijo Chepa, “hace buenos aires, que pasó”.

Josefina Pastoriza aún vive en el barrio Vigía de Arecibo, con su hija Alis Dora que tiene Síndrome de Down. Ella y su hija asisten a la Iglesia del Vigía, ubicada justo

al lado de la casa. Ella está agradecida de DIOS por haberle permitido vivir tanto tiempo.

El Amor Verdadero
Por: Yarimar Rivera Ramos

El 9 de enero de 1920, nace un niño llamado Miguel Rivera Montalvo, y para el 14 de enero del 1923, nace una hermosa niña llamada Rosa María González Brebán. Rosa y Miguel se conocieron a la edad de 4 y 7 años en el Barrio Guilarte de Adjuntas. En una ocasión Miguel, pasaba por la casa de Rosa y le regaló un saco de carbón y le dijo que más tarde serían dos o más sacos, ya que algún día llegarían a casarse. Esa expresión fue como de compromiso. Doce años después, Miguel y Rosa unieron sus vidas el 29 de julio de 1939. Tienen un recuerdo muy impregnado en su memoria. Recuerdan que solo gastaron \$300.00 dólares en la preparación de su boda. Con ese dinero compraron su ropa, zapatos y la comida para sus invitados. De esos \$300.00, quedaron debiendo \$15.00 dólares, los que se le hizo muy difícil pagarlo. En su boda le ofrecieron a los invitados sopa, arroz, carne, galletas, pan, chocolate y queso. De esa hermosa unión tuvieron siete hijos: Efraín, Andrés, Ángela, Eliézer, Nilda, Edwin y Miguel. La familia se compone de 7 hijos, 47 nietos, 61 bisnietos y 1 tataranieto. Tienen la dicha de disfrutar cada momento con sus seres queridos. Construyeron su casa en el Barrio Guilarte con la ayuda de todos sus vecinos. Rosa, trabajó en una hacienda donde le pagaban \$3.00 dólares al mes; de 7:00 de la mañana a 8:00 de la noche. Trabajó en el tabaco; su labor era quitar las hojas pequeñas al tabaco según maduraban, luego con una aguja, las cruzaban de un lado al otro y en vara de caña india las ponían a secar. En el 1966, fue a buscar trabajo al Departamento del Trabajo, en el cual le dieron trabajo como conserje en una escuela por el Johnson. Luego de ser conserje, fue empleada de comedor escolar por 28 años, del cual luego

se retiró. Todos la llaman Rosa por el cariño y amor que les brinda a los demás. En una ocasión, fue seleccionada la abuela del año. Miguel trabajó en la agricultura, cortaba caña y trabajó en una hacienda donde le pagaban a diez centavos el día. Rosa y Miguel tienen 60 años de casados y dan muchas gracias a Dios por haberle permitido vivir tanto y estar siempre juntos. Son un gran ejemplo para la comunidad donde viven.

El negrito Franco
Por: Lileska Aquino Ramos

Hace noventa y seis años, para el 1906, en el mes de abril nace un pequeño, flaco y negrito, al cual le pusieron por nombre Francisco Córdova Ramos. El niño creció rápido y fue a la escuela donde estudió hasta cuarto grado. Su padre lo sacó de la escuela para que lo ayudara en el trabajo. Él vivía en su casa con sus padres y demás hermanos. La casa estaba hecha de paja de palmas de jagua y el piso de tierra, pero luego se compró un petate, que es un tejido hecho de palmas que costaba unos veinticinco centavos para colocarlo en el suelo donde dormían. Cuando tenía doce años hubo un terremoto, donde la tierra siguió temblando por días. Después que el terremoto había pasado, fue una experiencia mala. Luego de esos sucesos, el joven y delgado muchacho comenzó a trabajar preparando carbón, vendiendo piedra y como obrero de la caña de azúcar. “El trabajo era duro”, nos dice Franco, “se comenzaba a trabajar desde que salía el sol hasta que llegaba la noche”. “Solo no daban media hora para ir a comer y luego a seguir trabajando. Al finalizar el día de trabajo nos pagaban”. Recuerda Franco, que le pagaban como sesenta centavos al día y con ese dinero, él hacía la compra. Recuerda que compraba arroz, que era a cuatro centavos la libra y el bacalao que era a seis centavos la libra. No había luz eléctrica, ni agua potable. Lo único que había eran pozos para coger agua y lavar la ropa. Había algunas enfermedades, pero estaban controladas. De las únicas que se acuerda era de la nigua y el tifo. No había hospitales y quien curaba las personas enfermas y las que estaban pariendo eran las comadronas. Ellas usaban algunas plantas para tratar los padecimientos, como lo era la malva para los dolores de

cabeza, la tuna que se usaba para las hemorragias internas y la sábila para curar los golpes. Franco cuenta una historia que le llamaba mucho la atención. “Había un hombre que tenía la cara desfigurada y se la cubría con una manta. Iba a caballo por todos lados y con su guitarra cantando una canción que decía:

Monchín del alma,
las cosas están buenas...

Para el año 1933, en el mes de septiembre se casó con una hermosa joven llamada Eufemia, la cual lo acompaña. En 1935, nació su primer retoño, una hija, y de ahí en adelante comenzó la familia.

Cuando llegaron los autos no lo recuerda, pero se acuerda de que había una guagua que por cinco centavos, lo llevaba al pueblo y lo traía. Para el 1955, llega la luz eléctrica, nos dice Franco. La comida principal lo eran las verduras con bacalao o jamón. Terminó diciendo: “bueno mijo, los tiempos cambian, pero tiempos como esos, jamás vuelven”.

Doña Consuelo: Digno ejemplo de superación

Por: Lilliana Arce

Nació Doña Consuelo Ballester el 20 de marzo de 1915, en Utuado, Puerto Rico. Sus padres eran Don Isaías Ballester Fuentes y Doña Luisa Cabán Fuentes. Don Isaías trabajaba como obrero en un muelle de la Isla y doña Luisa era ama de casa, pero también llegó a ser comadrona al igual que su madre Doña Rosalía Fuentes. Fueron esas mujeres, doña Rosalía y doña Luisa las que se dieron a la tarea de enseñarle a doña Consuelo la difícil tarea de ser comadrona. A pesar de que doña Consuelo llegó a cursar hasta el sexto grado, eso no le impidió ser comadrona con título en un futuro. Su padre don Isaías, no le permitió terminar sus estudios porque él decía que para mondar guineos no hacía falta un diploma.

Con el tiempo doña Consuelo conoció a Don José Vélez, con quien se casó y tuvo nueve hijos, de los cuales se asistió ella misma para dos, pues esos días se encontraba sola. Antes de que doña Consuelo se convirtiera de lleno en comadrona, llegó a recoger café en una finca. También llegó a sembrar tabaco por una peseta al día y luego trabajó en un taller localizado en Bubao.

La dueña de ese taller se llamaba doña Elvira. En el taller se cosía ropa, se tejía y también se hacían guantes. Recuerda doña Consuelo, el día en que salió del taller a llevar una carta al correo, cuando de repente escuchó unos disparos a lo lejos y gente gritando. Era la revuelta nacionalista en la plaza de Utuado. Dice que ese día llegó tarde en la noche a su casa. Ella todavía no se explica como la pudieron sacar del taller y trasladarla hasta La Playita, donde comenzó a caminar con un mechero hasta llegar a su casa. Aún no recuerda para qué fecha exacta comenzó a

hacer partos, pero si recuerda que para los años '50, ya ejercía como comadrona, pero sin título. Lo que sabía era lo que su abuela y su madre le habían enseñado. Pero como siempre, alguien se encargó de que en el hospital se enteraran de que no tenía certificado para ser comadrona. Entonces doña Rosita Caraballo la mandó a buscar y le contó a doña Consuelo lo sucedido. Doña Rosalía le dijo a doña Consuelo que se quedara para que asistiera a unos talleres para que se pudiera certificar como comadrona. Doña Consuelo accedió rápidamente a tomar los talleres. Es así, como Consuelo comienza a estudiar para certificarse como comadrona. Todos los meses tomaba una guagua que la llevaba a diferentes hospitales en donde ella y veintiocho mujeres más eran adiestradas por médicos y enfermeras graduadas. Al completar con todos los talleres, entonces ya podía ejercer sin ninguna preocupación.

Doña Consuelo cuenta, que en el tiempo de antes había mucha pobreza, eso se hacía evidente al momento de la criatura nacer. Cuenta que en una ocasión, asistió un parto en donde la mujer en vez de botar sangre, botó un líquido color amarillo y la criatura nació muerta. También relata que en muchas ocasiones en que la buscaban para hacer partos, tenía que llevar de su propia ropa y en una ocasión tuvo que llevarse unos refajos que ella tenía porque la señora que estaba de parto era demasiado pobre y no tenía sábanas. No todos los partos que ella asistió los niños nacían muertos, pero tampoco niega en que muchas ocasiones los niños nacían vivos y a las pocas semanas morían.

Consuelo no recuerda que durante algún parto perdiera al bebé o a la madre. También recuerda que en muchas ocasiones le pagaron, pero en otras no; aún así, ella estaba pendiente luego del alumbramiento para ver como seguía la madre y le curaba

el ombligo al niño hasta que se le cayera. En otra ocasión, atendió una señora que iba a tener niñas gemelas. Cuenta que la primera que nació venía de cabeza, pero la siguiente no podía nacer; ésta venía de pies, se tardó una hora en salir. Cuando nació la bebé, dice doña Consuelo: “parecía gusanito”. Al parecer, la primera niña la había pinchado y no había permitido que la otra se desarrollara bien. Es por tal razón, que la segunda bebé murió a los poquitos día se haber nacido.

Doña Consuelo no le importaba que le pagaran, para ella, era más que suficiente traer al mundo al niño y que éste naciera sano. Doña Consuelo poseía un libro en donde ella apuntaba todos los partos que hacía, como era el niño o la niña, luego que nacía el niño, ella tenía que ir con los padres a inscribir al bebé. Todavía posee el libro en donde tiene aproximadamente 700 partos registrados.

Antes de que la mujer pariera se preparaba una solución con agua y una pastilla llamada Sulimado. Con el agua se limpiaba a la mujer luego de haberla rasurado, se cubría con sábanas blancas hasta el momento del alumbramiento. Doña Consuelo llevaba su equipo listo y limpio, se ponía un gorro en la cabeza, una bata y una mascarilla. Después del alumbramiento se limpiaba al bebé, se le cortaba el ombligo y luego se le sacaba “la segunda”, así se le llamaba a la expulsión de la placenta. Finalmente se limpiaba a la madre para que ésta pudiera descansar.

Doña Consuelo cuenta que en muchas ocasiones ella iba y buscaba una gallinita y le preparaba un caldo bien rico, a la recién parida. Fue la Sra. Marilyn Crespo, la última mujer que ella asistió, porque ya para el año 1979, no se permitía hacer partos fuera del hospital. Aunque doña Consuelo llegó luego que la niña había nacido, fue ella quién le cortó el ombligo al bebé y le sacó “la segunda” a Marilyn Crespo. La

niña nació con la ayuda de doña Filomena Cabán, que aunque no era comadrona ayudó a su hija a tener al bebé. Luego llevaron a la Sra. Marilyn Crespo al hospital, en donde nuevamente le cortaron el ombligo a la bebé y la pusieron en aislamiento por un tiempo, debido a que había nacido fuera del hospital. Hoy día, esa bebé creció saludable, se convirtió en un profesional y madre de un hermoso angelito.

Aunque en aquel tiempo existió mucha pobreza, doña Consuelo recuerda que la calidad humana era muchísimo mejor que la de hoy día. Nadie tenía que preocuparse de que la podían matar por cualquier tontería, la gente para aquella época era más honesta.

Isabel Rosario Pérez

El Tabaco

Por: Bethzaida Padua

Doña Isabel Rosario Pérez nació el 14 de diciembre de 1928, en Caonillas Arriba de Utuado. En su juventud, debido a la pobreza que vivía en sus tiempos, ella y sus 13 hermanos ayudaban a su papá Ignacio Rosario en la agricultura sembrando yuca, maíz, gandules, arroz, plátano, malanga, café y tabaco. Desde muy joven doña Isabel supo lo que era la agricultura.

Doña Isabel comenzaba su día de trabajo a las 6:00 de la mañana hasta las 4:00 de la tarde. Mientras que su papá hacía el arado, sus hermanos acuchillaban en el suelo como ranas, decía ella, para tirarles abono al lado del hoyo y luego colocaban la semilla o la planta. De 12 a 13 años, doña Isabel trabajó para su papá en el tabaco. Su trabajo consistía en sembrarla, abonarla y luego del tiempo que se dilataba en crecer, que era de cuatro a cinco meses, entonces comenzaba a recoger las hojas, cocerlas con una aguja, colocarlas a secar y luego la enrollaban en manillas o un mazo y su papá hilaba tabaco; esto consistía en enrollarlos como una soguita y esta se utilizaba para mascar y fumar.

El tabaco según doña Isabel, daba mucho trabajo, había que quitarles las estilas, astillarlos quitándoles unos tallitos que nacían cerca de las hojas para que estas nacieran grandes y saludables. Luego le sacaban las hojas, las cocían las tendían, las curaban y luego las guardaban en el rancho.

A los 20 años, doña Isabel se casó y tuvo cinco hijos. Su esposo trabajaba en la agricultura y ganaba cincuenta centavos el día y con eso mantenía a su familia. Como

la situación económica no era muy buena, una tía de doña Isabel, le enseñó a coser guantes y así comenzó ella a trabajar por \$6.00 dólares la docena para su jefe, que en aquel momento fue Don Rebelo.

Luego a los 25 años comenzó a trabajar en la Cooperativa en la calle Doctor Cueto y luego de cinco años, comenzó a trabajar en el Banco Tabacalero, donde ganaba \$25.00 dólares la semana.

El tabaco lo traía en grandes cantidades y una vez allí, sacudían las manillas y las separaban en manojo (que era la mejor), el boliche (el regular) y la tripa. Allí los hombres y las mujeres hacían el mismo trabajo. Doña Isabel actualmente tiene 73 años y es viuda hace cinco años y goza de muy buena salud. Vive en la Urbanización San José, aunque la mayor parte del tiempo la pasa con sus hijas.

Don Nallo
Trabajador del tabaco y el café
Por: María Y. Pérez

Hace mucho tuve la oportunidad de conocer a Don Laureano Reyes Vélez (don Nallo), un ser maravilloso a quien Dios me ha dado la oportunidad de conocer; hombre humilde, delgadito con unos ojos que me hacen ver el peso de los años, pero con una voz fuerte que todavía lo caracteriza. Don Nallo tuvo una niñez difícil y una vida trabajadora, la cual parte de ella la conoceremos en breve.

Don Laureano Reyes Vélez nació y se crió en el barrio Río Abajo de Utuado. Tiene 77 años de edad. Hijo de doña Ramona Vélez y don Juan Reyes. Es el mayor de los cinco hijos. Su padre era dueño de una tienda y desde pequeño ayudaba a su padre en la tienda. Él tenía que ir con dos mulas hasta Arecibo, cargadas de viandas para venderlas y de allá regresaba con mercancía como bacalao, arroz, manteca y una gran cantidad de productos para vender en la tienda. No había nada más que tierra, los camiones que había, eran con ruedas macizas y corrían por medio de una cadena y de no haber mulas, llevaban las viandas río abajo en balsas de yagrumo hasta Arecibo.

Don Laureano recuerda un triste suceso de su familia. La mamá de su papá vendía ron caña. Un día ella llevaba dos galones de ron en la mano y el hijo (el papá de don Laureano) se los fue a quitar porque venía la policía. La señora tenía en su mano una varilla de hierro y le dio dos azotes (bajo el desespero). Cuando llegó a la casa el señor, o sea, el papá de don Laureano, llegó vomitando sangre por la boca y murió. Al fallecer su padre, su mamá se fue a trabajar para darle de comer a sus

hijos; trabajando de 7:00 de la mañana a 6:00 de la tarde, talando para sembrar habichuelas, maíz y batatas para ganarse una peseta a la semana.

Don Laureano se quedaba en su casa pendiente de sus hermanitos y no pudo asistir a la escuela, siendo él un muchachito. En su casa sufrieron de enfermedades tales como la cólera. Para calmar el dolor de cólera, que le dio a su hermana, usaban azúcar morena quemada y la Hedionda Rastrera. Padedieron también de pulmonía doble, que hasta un niño gordo y saludable podía morir porque no les daba tiempo de llegar al hospital. Tres de sus hermanos, murieron de esta pulmonía. Él sufrió de fiebre Tifoidea; se puso flaquito y se quedó sin pelo. No lo aseguraban y hasta tenían todo listo para su velorio, pero gracias a Dios se salvó.

Cuando pudo ir a trabajar, fue porque su mamá ya no podía, se fue a talar con un mochito a un semillero de tabaco para los dueños de la finca. Había que talarlo, recogerlo, picarlo con una azada, repicarlo para hacer zanjas para regalarle abono, regar la semilla, tumbar montes, recoger para picar con un azadón, repicar el terreno y hacerle zanjas. Cuando el tabaco estaba grande, había que desyerbarlo, ponerle abono y cogerle el pie de tabaco. Tenía que hacer el rancho de tabaco y después que estaba hecho, tenía que cobijarlo con paja de caña. El tabaco que se le recogía, el pie había que llevarlo al rancho, para que las mujeres lo cocieran. Además iba al monte a cortar la barbilla, que era las varas para guindar el tabaco, todo esto sin almorzar ni tomar café. Ganándose en este trabajo cinco chavos diarios, seis días a la semana. Lo que ganaba se lo daba a su mamá para que hiciera una compra en el pueblo.

Don Laureano trabajó otra gran parte de su vida en una finca de café cogiendo café, talando y bregando con los animales. Si cogía medio almud de café, tenía que pagar seguro social porque se lo cobraban. Los dueños murieron y nunca se lo pagaron. Los hijos de los dueños que vivían en Nueva Cork, cuando vinieron a reclamar, quemaron todos los papeles y nunca de lo pagaron.

Así pasó gran parte de su vida trabajando la tierra para poder comer. Hoy día, don Nallo se encuentra solito en su casita en el sector La Playita de Utuado, pero con mucha gente que lo quiere y lo toma por ejemplo.

Luz N. Torres Andujar (14 junio 1947 -)
Los recuerdos vivos de la hija del capataz
Por: Irma Rodríguez García

Nace en Utuado, Puerto Rico, criada en la Hacienda La Angelina en el barrio Roncador. Hija del capataz de la hacienda, el Sr. Fidel Torres. Luz N. Torres, trabajó desde su niñez hasta su juventud en el cultivo del tabaco, maíz, entre otros. Pero especialmente en el cultivo del tabaco. Se dedicaba a despalillar tabaco.

Para comenzar, el cultivo del tabaco es muy delicado, pues requiere mucho esfuerzo y dedicación mayormente para aquella época; las mujeres eran las que se dedicaban al cultivo de éste. Lo primero para cultivar el tabaco es sembrar la semilla en los semilleros, luego cuando las plantas estaban a cuatro a seis pulgadas, se transplantaban en un terreno preparado y surcado en hileras. Esto se hacía con yuntas de bueyes; a esto se le llamaba arado.

Luego de estar ya en la tala, las mujeres empezaban a cuidar el tabaco hasta el recogido. Ellas se dedicaban a cuidar las hojas para que no les diera parásitos y quitaban las espigas que les salían. Esto era un trabajo de todos los días. También tenían que estar pendientes para quitar las yerbas malas, las hojas secas y quitar “la pega”, parásito que le daba. El proceso de cuidar el tabaco es largo y delicado. Llegado el tiempo de recoger el sembrado, se iba recogiendo las hojas por etapas; se recogen las hojas ya maduras y cuando quedan ya pocas hojas se corta la mata. El tabaco hay que clasificarlo de acuerdo al tamaño, textura de la hoja. Esto tiene tres maneras de clasificación: el primero es el manojo, la hoja es de mejor textura;

segundo la tripa de esta hoja, no es tan buena y tercera el boliche, la hoja dañada, la que se parte y encoje y se tuerce.

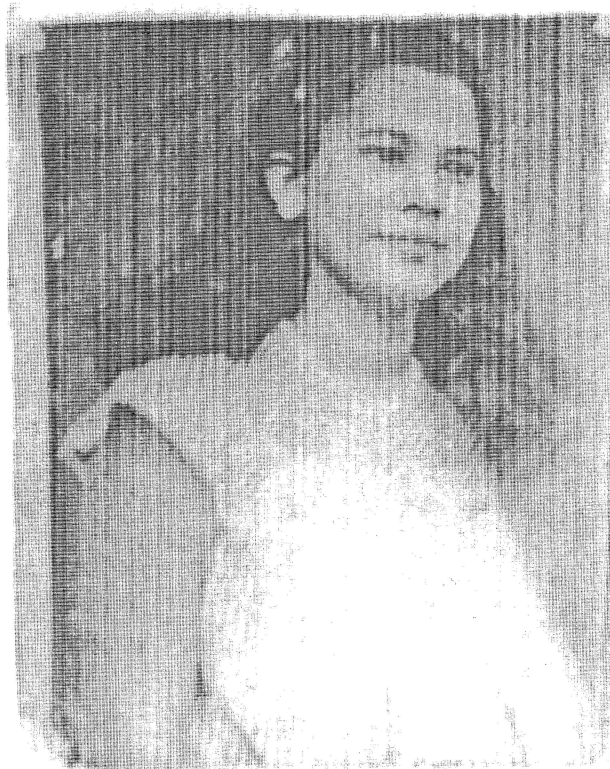
Ya clasificado el tabaco, se ensartaba con agujas e hilos y se enganchaban; entonces, es viene el proceso de despalillar e hilar las hojas de tabaco. Todo este trabajo mayormente lo hacían las mujeres. Para hilar el tabaco las mujeres se sentaban en el piso y empezaban a despalillar e hilar el tabaco. Para hilarlo se amarraban el hilo en los dedos de los pies y empezaban el proceso de hilar y según iban terminando, iban cosiendo las hojas y hacían una sogá bien larga y lo enrollaban en unos rollos. Mientras se iba hilando, se usaba miel, en unas ocasiones café negro y otras sustancias líquidas. Esto se usaba para facilitar, mantener la humedad y dar mejor textura al tabaco. Estos rollos se clasificaban en tripa de masticar, cigarros y cigarrillos.

También el tabaco lo usaban los curanderos como remedios caseros. En cuanto al pago, se lleva al banco el tabaco y se clasifica y dependiendo de la calidad era así como se pagaba. En el rancho de colgar el tabaco, había camas de vara o madera. Estas estaban colocadas en forma que parecían unas camas colocados en el andamio. Ahí una vez, se quedó dormida. El andamio era de diez pies de alto y esta tan cansada de tanto enganchar tabaco, que se acostó y se quedó dormida. “Yo tenía como unos doce años, cuando sucedió”, dice Luz.

Cuando había pasado ya varias horas y sus padres se dieron cuenta que no aparecía, se preocuparon y fueron a buscarla. Pasaron mucho tiempo buscándola y se asustaron tanto que llamaron a todos los obreros y se reunieron para ver quién la había visto por última vez. Uno de los chicos de la finca dijo que ella estaba en el

rancho, volvieron a buscarla en el rancho, pero no la encontraban. Fue entonces cuando la madre nerviosa, empezó a gritar y fueron los gritos de su madre que la despertaron y cayó de diez pies de alto. En esta caída, le llevó como once saltas de tabaco y dañó muchas hojas. Echó a perder como un quintal de tabaco seco. Su papá le ayudó a levantarse del piso, dio gracias a Dios que no le pasó nada y le dio una paliza con una mata de tabaco. Esto le sirvió para no volver a dormirse en el trabajo.

En otra ocasión, observó que su abuela estaba masticando tabaco con ese gusto que parecía que era una golosina. Se comió un pedazo de tabaco y mientras masticaba se tragaba el líquido, no pasaron quince minutos, cuando se sintió mareada como si se hubiese emborrachado. Y otra vez recibió una paliza de su padre.



Luz Nereida Torres, despalilladora de tabaco

La caña

Por: Aymar Rosario Ortiz

Pedro Antonio Morales Rivera de 72 años de edad, nació el 20 de noviembre de 1930, en Jayuya. Sus padres se llamaban Balbino Morales de Jesús y Herminia Rivera Colón. Entró a la escuela a los nueve años de edad. Sus primeros grados fueron en la Escuela Antonio R. Barceló y en la Catalina Figueras. Luego cursó sus estudios secundarios en la Escuela Superior; hoy en día la Escuela Elemental Agustín Ortiz. Don Meter, como cariñosamente le conocemos, me contaba que mientras él estudiaba también trabajaba en la agricultura del tomate, frutos menores y en el café.

Luego pasó a trabajar en la producción de la caña. Él me contó que le pagaban muy poco para el trabajo forzoso que hacía y que realmente era una regalía o como decía él, una engañifa. También me contó que su madre era lavandera y planchadora junto a sus hermanas que le ayudaban. Don Meter trabajaba en la finca de los Vicens, llamada San Antón. A él, ya para dicho tiempo, le pagaban con dinero americano, pero decía que las personas ricas eran miserables. Incluso me contaba que su padre era medianero del dueño de la finca para hacer negocios. También decía que ellos no daban la cara para negociar. Mientras compartíamos un vaso de refresco, me decía que el tabaco pasó hacer el mercado capitalista.

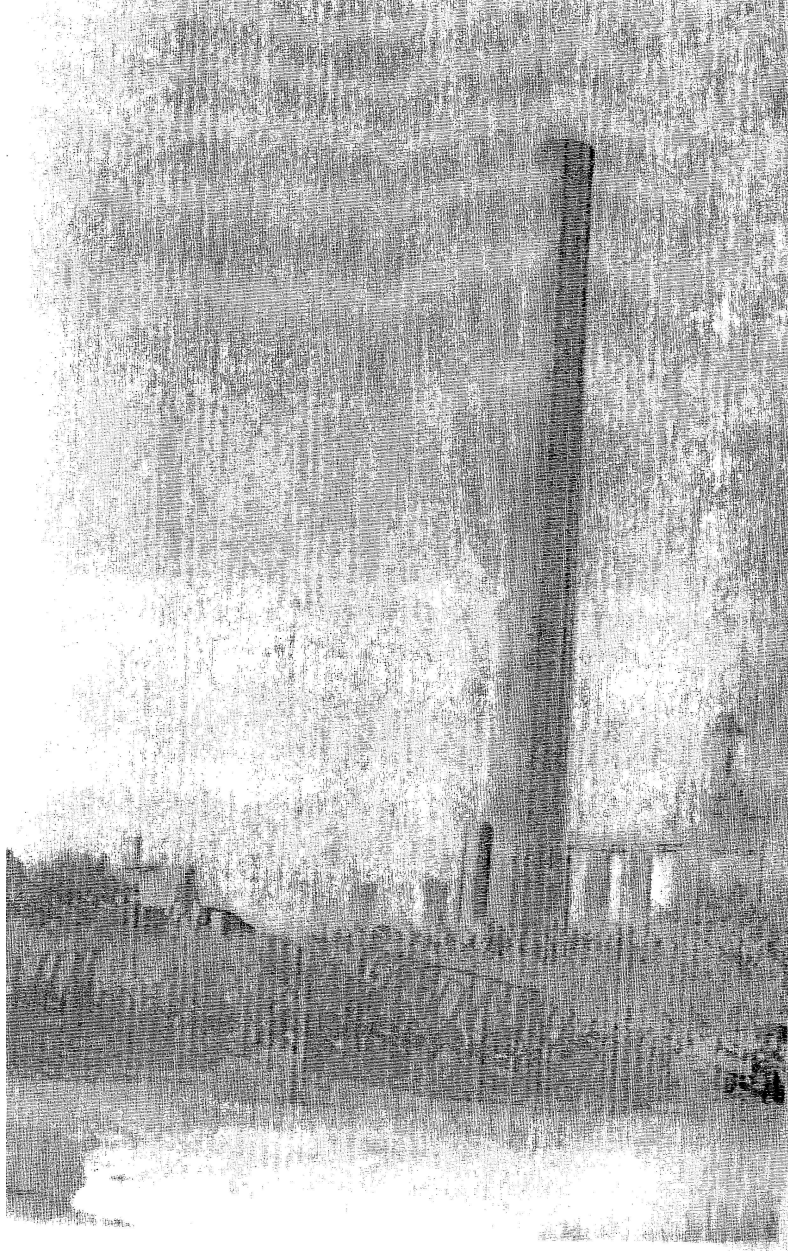
Al preguntar sobre la vida social y política de ese tiempo, me argumentó que la vida social era muy cerrada. La gente se colaba en los bailes y los ricos eran muy pocos los que existían. La ciudad se circunscribía a bailes de sociedad, sonatas en la plaza y paseos en el pueblo. Existía un casino llamado Casino de Jayuya y se hacían tertulias en la plaza donde las personas que asistían eran eruditos. También había un

Teatro donde se hacían muchas obras semanales y se celebraban muchas actividades de pueblo.

En cuanto a la política, su preferencia siempre fue el Partido Liberal, hoy día, Partido Popular Democrático. Según él me contaba esto, junto a los otros partidos hacían unas asambleas en un barrio llamado Naranjales en Aibonito, en donde para las elecciones trataron de hacer un boicot. Entonces de ahí salió el Partido Independentista. Según don Meter, para el 1936, hubo muchos movimientos de los partidos. En el 1940, Muñoz se hizo líder político y en 1944, ganó las elecciones. También decía que todos los alcaldes y departamentos de lo interior eran de norteamericanos, por eso las calles de Jayuya se llaman Guillermo Estévez, Antonio Barceló, etc. Contaba que el primer alcalde de Jayuya por el Partido Popular se llamó Juan Oliver Frau y el segundo lo fue Ramón de Jesús Reyes y que Jayuya vino a hacer pueblo con la ayuda del Sr. Sydney W. Eduard. La población era de 13,000 a 14,000 personas aproximadamente. La primera vez que Luis Muñoz visitó al pueblo exclamó: “Hasta las ardillas están en la plaza”.

Conversamos sobre la educación y decía que todas las clases eran en inglés. La única materia en idioma distinto era el español. Cuenta don Meter, que lo norteamericanos querían “americanizarnos” a través de la educación, que esa era su intención. Antes de entrar a las clases, tenían que jurar bandera en el idioma inglés y escuchar los himnos nacionales.

Realmente fue un verdadero placer haber entrevistado a don Pedro A. Morales, compartir sus experiencias pasadas y conocer la vida política, social y económica de esa época.



La Central

La Prohibición: 1917
Por: Orellys Rivera Rodríguez

Durante el año de 1917, las personas fueron consultadas sobre si prohibir o no las bebidas alcohólicas. La mayoría respondió afirmativamente. Desde ese momento, se volvió ilegal producir, vender o consumir productos alcohólicos, prohibición que se mantuvo en pie en Puerto Rico hasta 1933. ¿Cómo se explica la votación a favor de la prohibición en un país que había sido productor y consumidor de ron y otras bebidas alcohólicas durante siglos? Se dice que el movimiento de temperancia que había existido en la Isla desde hacía algún tiempo contribuyó a aglutinar el voto prohibicionista. Dicho movimiento, organizado alrededor de la llamada “Liga Antialcohólica” desde 1916, derivada su principal aliento de las iglesias protestantes. Otro factor a favor del voto prohibicionista debió ser la asociación explícita que logró hacerse entre la prohibición y las reformas contenidas en el Acta Jones.

Debido a que la nueva Ley Orgánica imponía la prohibición, es posible que muchas personas creyeran que la consulta sobre el alcohol era algo así como un barómetro del agradecimiento puertorriqueño hacia el Congreso por las reformas recién aprobadas. Cualesquiera que hayan sido las causas del triunfo de la cláusula prohibicionista en 1917, lo cierto es que esta ley fue menos respetada en Puerto Rico que en los mismos Estados Unidos, donde una medida similar, aplicable a todo el país, fue aprobada por el Congreso en 1920. Aunque la fabricación legal de rones se redujo, la de los clandestinos aumentó. Es por eso, que Isolina nos muestra una de las razones por qué aumentó la fabricación ilegal del ron cañita.

El 28 de julio, comienzo de la Guerra del 1914, donde un terrorista serbio asesinó en Sarajevo al archiduque austriaco y al heredero de la corona, Francisco Fernando y a su mujer. Austria - Hungría envía un ultimátum al gobierno serbio declarándole la guerra.

En este año de tanta guerra y discrepancia, nació en Arecibo, Puerto Rico, Isolina Mieves Cruz, el 15 de junio. Vivió en Arecibo en el barrio Mataplátano. Estudió sus primeros grados en la Escuela Dr. Manuel Ruiz Gandía, en Dominguito. Cursó los grados de primero a cuarto. Ella cuenta que fue a la escuela porque le dijo a la vecina que su papá no la quería enviar; que se lo dijera a la maestra. La maestra le envió una carta a su papá, donde decía que lo meterían a corte si no enviaba sus hijos a la escuela. Cuando comenzó en el primer grado tenía diez años de edad.

Se casó a la edad de 18 años con Carmelo Morales. Tuvo dos hijos con él; una nena, llamada Miguelina y un nene, llamado Juan del Carmen. Enviudó a los tres años de casada. Su esposo murió de tuberculosis y los dos hijos de raquitismo. Trabajaba en casa del señor Riverita, que era listero (el que pagaba el sueldo a los trabajadores de la central de caña, Los Caños). Le pagaban a \$4.00 dólares al mes. Ella le decía al señor Riverita que le dejara a fondo los \$4.00 dólares para el próximo mes cobrar \$8.00 dólares y así darle \$4.00 dólares a su papá. Por eso, ella dice que nunca le faltará dinero porque siempre compartió con la familia.

En la casa, ella tenía que hacer limpieza, cocinar y cuidar a los niños. Al pasar el tiempo tuvo que dejar ese trabajo, porque ella se enfermó de anemia y así tenía que trabajar y la señora de la casa no la consideraba. Al estar la economía tan mala y no encontrar otro trabajo tuvo que buscarse el dinero vendiendo cigarros y ron cañita,

que decide venderlo porque era lo más barato para ese entonces. El litro le costaba a \$1.50 y lo vendía a 25 centavos la caneca. Esta la escondía en la parte de atrás de la casa, debajo de unas mayas que tenía porque esto era perseguido por la ley; si la cogían era encarcelada.

El hermano de ella, llamado Filomeno, que era el que hacía ron cañita, lo cogieron y le dieron seis años de cárcel y por último, vendía carne de cerdo. Los sábados, se mataba un cerdo y lo vendía a 50 centavos la libra y con lo que sobraba se hacía en pasteles y alcapurrias.

Se volvió a casar después de 12 años con Nicomedes Rivera. Tenía 31 años de edad. Tuvo cinco hijos; cuatro varones y una nena. Israel, Nico, Blanca, Iris, Orlando y William. Todos los varones actualmente se encuentran vivos, excepto, la nena que murió quemada. Esto fue un trauma para ella. Actualmente se encuentra viva, tiene 87 años y vive en el barrio Los Caños en Arecibo. Ahora se dedica a hacer pasteles.

Receta del Ron Cañita:

Ingredientes: Agua, Miel, Cebada

Procedimiento: Mezclar el agua, la miel y la cebada. Esperar que se fermente y luego que se halla fermentado, se pasa a la serpentina, que son unos drones con cobre, el cual quema la mezcla conocida como linaza y sale el ron cañita, luego de un proceso de calentamiento.

Bordado del pasado

Por: Ingrid S. García

Elvira Delgado Abreu, nace en Utuado, Puerto Rico en 1916; hija de José Delgado Delgado y Mercedes Abreu Rodríguez, matrimonio de trabajadores incansables y residentes en el barrio Bubao de Utuado. A los 18 años de edad, Elvira Delgado Abreu se casa con Amadeo Abreu y procrean dos hijos: Héctor Delgado Abreu, actualmente maestro y Romilda Delgado Abreu, agrónomo.

Luego de varios años de casados, Elvira y su esposo Amadeo, se quedan desempleados con sus dos niños pequeños y sin ningún ingreso para vivir. En ese momento, es cuando la señora Amparo de Santurce y su esposo, un americano de familia acomodada, le escriben a la madre de Elvira, Mercedes Abreu, para ofrecerle trabajo como costurera. Debido a que su madre no necesitaba el trabajo, le ofrece el taller de costura a Elvira, que necesitaba un empleo para poder mantener a sus niños. A los 22 años de edad, comienza Elvira a trabajar en el taller de costura que se encontraba en su propia residencia. En este taller se cosía ropa interior, ropones, y refajos. Estas piezas eran traídas al taller por Amparo, la cual proveía todos los materiales, incluyendo hilos, agujas y los modelos a ser preparados. Al llegar esos materiales cortados y por docenas al taller, doña Elvira se los entregaba a las mujeres que trabajaban en su taller para que fueran estampados y bordados. Luego que todas las piezas estuvieran trabajadas y listas se enviaban a Santurce nuevamente para ser llevadas a Estados Unidos y vendidas a diferentes empresas.

Además de trabajar ropa interior, ropones y refajos, en el taller de doña Elvira se cosieron guantes que eran enviados a Utuado por correo desde Yauco, para ser

cosidos y enviados nuevamente por correo. El material usado para preparar los guantes era enviado en su totalidad por correo, junto con el cheque del trabajo a realizar, al igual que el material de la ropa interior.

Tan pronto el material era recibido en el taller, se dividía por docenas y se les entregaba a las trabajadoras para ser preparados. Muchas de las personas recogían el material en el taller y lo trabajaban en sus hogares. Todas las mujeres que trabajaban en el taller eran anotadas en unas tarjetas, enviadas con el material, donde se anotaba el nombre de la persona que se llevaba el material y la cantidad de docenas que se llevaban. De acuerdo a esto era que se les pagaba a las mujeres. Aproximadamente las mujeres cobraban \$9.00 dólares por cada docena que cosían.

Don Amadeo Abreu era la persona encargada de pagarles a todas las mujeres trabajadoras, sin embargo, doña Elvira y su hermana, que también trabajaba en el taller, se encargaban de doblar, contar y empacar el trabajo realizado para enviarlo por correo a su destino. Este trabajo se realizaba desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche y ella cuenta que cuando el material era enviado para ser trabajado rápidamente, tenían que trabajar muchas horas más y buscar más mujeres que ayudaran a la labor. El trabajo se realizaba y se enviaba semanalmente. Doña Elvira nos cuenta que el trabajo en el taller le gustaba muchísimo, ya que a pesar de que no pagaban mucho, era en su propia casa, las personas que trabajaban eran responsables y buenas y podían cuidar sus niños en el mismo local.

Luego terminado el trabajo en el taller, ella tuvo un local en la calle Doctor Cueto en Utuado, en el que vendía ropa y juguetes. Actualmente, a sus 86 años, doña Elvira vive en barrio Paso Palmas del mencionado pueblo y su nieta tiene un taller de

bordados en computadora en la misma casa donde doña Elvira tuvo su taller por tantos años, en el cual se bordan toda clase de “t-shirts” y uniformes al detal y al por mayor.



Mujeres trabajando en la industria de la aguja

“Don Pepe”
Incansable trabajador del café en Puerto Rico
Por: Abimael Ayala Martes

José Martes Cordero nació el 27 de agosto de 1926. Sus padres fueron don Andrés Martes y doña Rafaela Cordero. Cursó sus primeros años de estudio en la Escuela Julián Acosta del barrio Cialitos Cruces de Ciales hasta el tercer grado.

Don Pepe, como cariñosamente se le llama, cuenta que a los siete años de edad tenía que trabajar al salir de la escuela, recogiendo café, cargando agua de las quebradas, etc. A la edad de 12 a 14 años, su trabajo se tornaba un poco más fuerte ya que tenían, él y sus hermanos, que cortar la hierba para los caballos que era el medio de transporte para ese tiempo. Por las mañanas se levantaba a ordeñar las vacas. Dice don Pepe: “ejtaj chaval vaca me daban con el rabo bien duro”. Se dividían los turnos para pastorear las vacas.

El café que recogían lo llevaban a la quebrada para lavarlo y despulparlo (sacar la pulpa del café), en una máquina a mano. Esto lo hacían los pequeños agricultores porque los grandes ascenderos tenían más facilidades. Como medio de ganarse su dinerito extra, recogía carbón en la carbonera para transportarlo de tres a cuatro kilómetros, con su saco al hombro y seis en el caballo, todo por una “conducción” como le decían. Ganaba cinco centavos, lo cual años más tarde subió a diez centavos. La forma de pagarle era con unos vales para que hicieran sus compras. La cantidad dependía del jornal de la semana. Estos vales se le daba semanal, ya que de esto era que dependían los agregados.

Su padre Andrés, cosechaba sus propios frutos menores y la carne, como los cerdos, los criaban en la casa. Cuenta don Pepe que los cerdos los amarraban en la quebrada, porque o tenían corrales. Para amarrar las bestias se hacían cuerdas hiladas a mano, hechas de magüey. Este trabajo se realizaba entre dos personas. El magüey se ponía al sol, se amortiguaba y luego se hilaba. Casi todos los trabajos eran hechos a mano. Un ejemplo de esto era el café, que había que pilarlo a mano. Dice don Pepe, que así era la vida de la mayoría de sus vecinos.

Para mantener las siembras de frutos menores se abonaba con estiércol de caballo y de murciélagos, el cual se buscaba en cuevas o cavernas donde habitan los murciélagos. Don Andrés, padre de Pepe, le pagaba a sus empleados 50 centavos al día.

La casa de la familia Martes Cordero era hecha de zinc y madera pero la de los agregados eran de matojos y el piso de tablas de palmas que se abrían por el medio y se ponían en el suelo. Para hacer las compras había colmaditos, pero don Andrés hacía sus compras en el pueblo. Para la limpieza de la ropa se sacaba el almidón de una mata llamada gruya. Las planchas que utilizaban eran de carbón y se lavaba en el río como hasta hace poco.

Para enterrar a un muerto tenían que pasar lo que le llamaban” los siete pasos”. Esto era que mientras caminaban hacia el cementerio, cruzaban el río siete veces antes de llegar. Significa que caminaban una distancia aproximada de 10 a 15 kilómetros, con el cadáver cargado por cuatro personas. Esto era obligado ya que ese era el camino que había que tomar. Existía la alternativa de los caminos de dueños de finca, pero se decía que si pasaba un muerto por ese terreno, tenían que hacer el

camino público y por esto los dueños no lo permitían: no era ley, sólo era lo que decían.

En tiempo de temporal, el anuncio eran los pájaros, los sapos que se metían dentro de las casas buscando refugio y las hojas de yagrumo. La gente se refugiaba en las haciendas grandes y en barracas de matojos amarrados con bejucos de hacer canastas. Estos almacenes de los hacendados, eran de maderas aserradas y con tornillos resistentes. Dice don Pepe, que esto era como del cuarenta para atrás.

A los 18 años don Pepe y los jóvenes de esa misma edad tenían que inscribirse obligatoriamente para el ejército de los Estados Unidos, y eso según don Pepe trajo muchos cambios. La emigración surgió con fuerza y Puerto Rico se quedó sin obreros.

Siguiendo los pasos de don Andrés, don Pepe se dedicó a la compra y venta de café desde 1952. Para ese tiempo usaban los toldos de saco, de 25 a 30 de éstos. Tenía como su mejor máquina para ese tiempo, una despulpadora de disco con motor de gasolina, antes eran de rollos. Cuando las cosas fueron mejorando, se compró un “Wenche” del ejército y luego un “Jeep”. Siguió modernizándose y se compró un bombo de catalina y luego la bates de secar café. El café que don Pepe cultivaba era el Atávico del país, café legítimo. Don Pepe llegó a pagarle a sus empleados 50 centavos la hora y años después subió a \$1.44 al día. El almud de café lo pagaba a 50 centavos.

La falta de mano de obra y seguridad del fruto, fueron algunas de las causas para que don Pepe dejara de cosechar. Don Pepe crió a 13 hijos, los cuales mantuvo, al igual que su esposa María del Carmen Cordero, con la producción del café. Para cuando había dejado de cosechar, ya todos sus hijos estaban o habían salido de la

universidad. Pepe vendió toda su maquinaria la que le había rendido fruto durante tantos años.



Historias que nunca se contaron
Edición limitada
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Utuado
© Todos los derechos reservados, abril 2002
Revisado octubre 2008